

El corazón en la cabeza

El lugar de las palabras

MARÍA GÓMEZ LARA

Pre-Textos, Valencia, España, 2020, 84 pp.

“SI LA narración de historias y el canto del verso volvieran a reunirse, sucedería algo muy importante”, afirmaba Borges durante el ciclo de seis conferencias que, sobre la poesía, impartió en la Universidad de Harvard en el período lectivo de 1967-1968. Desde entonces, de hecho, ambas formas literarias han vuelto a reunirse alguna que otra vez, y seguramente —no dispongo ahora de los datos— en ciertos casos esto haya supuesto hechos estéticos importantes (acaso me bastaría mencionar *El hundimiento del Titanic*, de Hans Magnus Enzensberger, publicado en 1978, así como los libros *Caravansary* y *Los emisarios*, de Álvaro Mutis, publicados en 1981 y 1984, respectivamente, con varios poemas en prosa que cuentan cautivantes episodios de la aventurera vida de Maqroll el Gaviero).

El punto es que ahora, justo al terminar la segunda década del siglo XXI, en lengua española, la conjunción de géneros que anhelaba Borges se ha producido de nuevo en virtud de este breve volumen de María Gómez Lara, que está destinado todo a narrar en verso una historia.

De ahí que es legítimo ver *El lugar de las palabras* como un solo poema que consta de 17 pequeños cantos a través de los cuales se desarrolla en primera persona, y en estricto orden cronológico, un solo argumento: a una mujer, María, menor de 30 años, profesora y poeta, le descubren un tumor maligno en el lóbulo frontal izquierdo del cerebro, por lo cual es sometida a una craneotomía que resulta exitosa. El relato se inicia cuando le toman la radiografía que revela la existencia de su astrocitoma de segundo grado y termina seis meses después de la operación. Esto lo convierte en un libro inusual en el panorama de la lírica colombiana. Ahora bien, cada uno de estos 17 cantos puede eventualmente funcionar por sí solo como un poema independiente. Eventualmente: porque

hay casos en los que el canto (el poema) precisa, para su cabal comprensión, del conocimiento del resto del libro.

Los 17 cantos están a su vez distribuidos en cuatro partes: “Para cubrirme la voz”, “Nombrar una herida en las palabras”, “Lo que pase cuando corten mi materia” y “Cómo me cosí esa cicatriz”. Los títulos de las dos primeras aluden al tema central del libro: la amenaza que el astrocitoma supone de que María pierda el uso del lenguaje, pues puede comprometer el lugar preciso del cerebro donde la función verbal tiene asiento, es decir, “el lugar de las palabras”. El título de la tercera parte alude a su incertidumbre respecto a la cirugía, y el título de la cuarta parte menciona otro motivo recurrente en el libro: la cicatriz.

Hay una circunstancia muy curiosa de la historia a la que la obra le saca bastante partido, no solo para expresar las experiencias afectivas del personaje protagonista, sino como recurso retórico: el tumor cerebral tiene forma de corazón. Así, la antinomia simbólica cerebro-corazón le permite a la poeta decir que, en vista de que su corazón ha sido siempre golpeado, destrozado —por sus reiteradas frustraciones amorosas, sí, pero también por otras adversidades, incluida la discriminación social por su apariencia física—, ella siempre ha recurrido al cerebro, esto es, a la razón, la reflexión y las palabras, para conjurar y superar todas esas penas y heridas del corazón. Por ello el hecho de que su cerebro se enferme le resulta particularmente terrible, sobre todo por el riesgo que ya hemos señalado: que se estropee su facultad lingüística y se quede literalmente sin palabras: “Lo tuyo fue salvarte con palabras”, se dice a sí misma (p. 14). Más adelante a su médico: “My words / doctor? / that would be the end / of me” (p. 31), y después: “Porque yo toco este mundo con palabras / porque en las palabras estoy yo” (p. 46).

El primer recurso que es necesario resaltar del aprovechamiento retórico de esta contraposición cerebro-corazón es la ironía, en este caso la ironía de que el cerebro, el órgano que le ha servido para defenderse del corazón, “se enferme / en forma de corazón” (p. 14). La poeta se lamenta:

[...] mucho he sobrevivido
para que ahora me enferme

de todo el amor que no tuve
de tanto que pensé
para salvarme

para que ahora me muestren
esta imagen
del corazón desafiante
burlándose de mí.
(pp. 14-15)

Luego encontramos una serie de equívocos y ambigüedades. En la página 15 señala: “Tal vez de tanto dolor / [...] acabé sintiendo hasta la médula / hasta que mi pobre corazón herido / se me escondió en la cabeza”. En la página 24, cuenta que un día amaneció imaginándose una punzada justo en el lóbulo frontal izquierdo, y precisa: “[...] donde dicen que tengo el corazón”. En la página 34, después de que le anuncian que la van a operar, dice: “Me van abrir el cerebro para sacarme el corazón”. En la página 59, al expresar su miedo a la craneotomía de cinco horas que le espera, formula esta inquietud: “[...] y ni cómo saber qué es lo que van a encontrar / si hay en mi cerebro una bomba de tiempo / o si solo nació con el corazón en la cabeza (eso explicaría tantas cosas)”. En la página 63, asegura oír un sonido extraño en la cabeza y arriesga esta conjetura: “[...] tal vez es mi cerebro lidiando con su hueco / haciendo su duelo / echando de menos el corazón que le quitaron”.

La virtud lírica de *El lugar de las palabras* reside en parte en esta serie de tropos, pero sobre todo, desde luego, en la expresión de la subjetividad de la poeta: herida, maltratada por el desamor, la soledad, el miedo, la rabia, la angustia, la tristeza, la fragilidad. Todas estas heridas intangibles dejaron cicatrices invisibles que la han hecho ser quien es ahora. De este modo, el motivo dual de la herida-cicatriz adquiere también relevancia en el libro y es remarcado por su asociación con la herida y la cicatriz físicas del tumor extirpado, que pudieron haber sido también una herida en las palabras y una (subsecuente) cicatriz de silencio.

El poemario está escrito en un lenguaje discreto, minimalista, y esa condición parece ser reforzada por la versificación empleada: secuencias de renglones muy cortos, con extensos blancos interlineales e intralineales. También hace uso del coloquialismo e

incluso incurre en lugares comunes: “Y el mundo se te cae al suelo de repente te desplomas / no puede ser cierta esta pesadilla oí mal que por favor ya me despierte” (p. 11). “Decide / dormir [...] / apagarse / para soñar / que esto no está pasando / que fue una pesadilla” (p. 25).

El lugar de las palabras es un libro relevante, que logra suscitar una experiencia de lectura atenta, atraída, pero no estoy seguro de que con él haya sucedido algo muy importante en la poesía colombiana.

Joaquín Mattos Omar